

Textos e ilustraciones

COLECCIÓN AQUILES NAZOA #16

María Emilia López Merchán



3 cuentos circenses



Fondo Editorial Ipasme

Comandante Hugo Rafael Chávez Frías

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Nicolás Maduro Moros

Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

Maryann Hanson

Ministra del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme

Lic. Silfredo Zambrano

Presidente

Lic. Noris Coromoto Figueroa Bastidas

Vicepresidenta

Prof. Pedro Miguel Sampson Williams

Secretario

Fondo Editorial Ipasme

Diógenes Carrillo

Presidente



3 cuentos circenses

Textos e ilustraciones María Emilia López Merchán



Tres cuentos circenses

María Emilia López Merchán

Depósito Legal: **lf65120128004449**

ISBN: **978-980-401-170-2**

Producción: **Luis Durán**

Ilustraciones: **María Emilia López Merchán**

Diagramación y montaje: **Yaraiví Alcedo**

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Presidente Medina

(Av. Victoria) Urbanización Las Acacias

Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.

Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: +58 (212) 633 53 30

Fax: +58 (212) 632 97 65

A Gabriel y Michelle





En un pueblo de la isla de Margarita, Gabriel y Michelle se columpiaban en sus hamacas, esperando que su abuelo les contara un cuento antes de acostarse.

-¡Esta vez, nos prometiste contar un cuento sobre el circo! -dijo Gabriel.

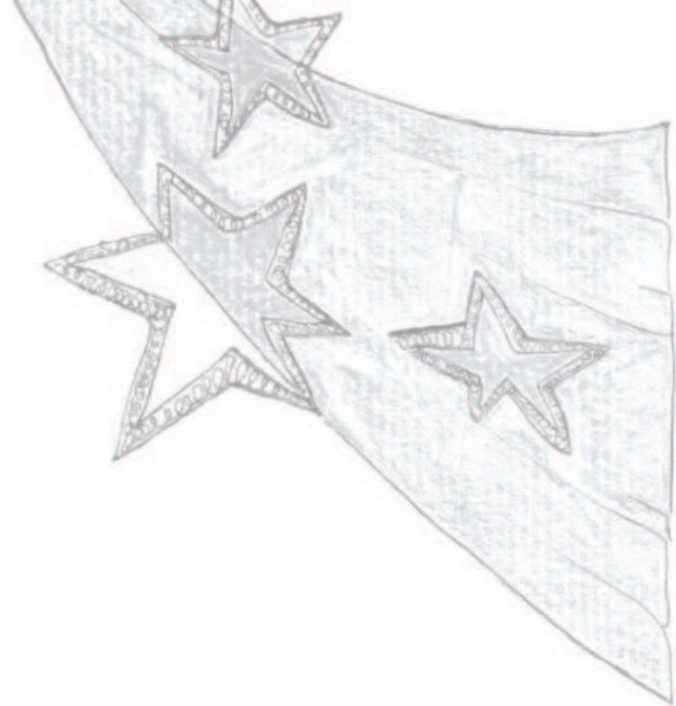
-Y que sea de amor -dijo Michelle.

-No, que sea de suspenso -dijo Gabriel.

-Entonces, que sea triste -dijo Michelle para incomodar a Gabriel.

Serán tres, uno de amor, otro de suspenso y otro triste -dijo el Abuelo. Y respirando el aire salado del mar preguntó sonreído:

-¿Quién dijo que el amor a primera vista no existe?



Diotima la adivina





Entre las carpas de los malabaristas y los payasos, estaba la colorida tienda de Diotima. Ella era la más joven del circo y la que más tiempo permanecía fuera de él, ¡y no era para menos! Iba al pueblo, no sólo a comprar manteles colorados, pulitura para su bola de cristal, inciensos de canela, velas rojas, doradas, o cortinas de cuentas para su tienda. También lo hacía para hablar con la peluquera, el chichero y el portero del hotel e informarse sobre las personas que querían consultarla y conocer el futuro. Así de antemano, Diotima sabía absolutamente todo.

No le entusiasmaba la idea de mirar a través de la bola de cristal, en cambio, se divertía cambiando y decorando constantemente su tienda.





Cierto día, un joven escritor en busca de la verdad, llegó al pueblo preguntando por la famosa adivina. Quería saber por qué motivo no podía sentir emoción alguna, ni inspirarse para escribir.

La noticia corrió por el pueblo y llegó, a oídos de Diotima.

-¿Has podido averiguar algo más del joven que llegó? –preguntó a la peluquera.

-¡Ninguna pista! Ni su madre, ni su abuela, ni su tía, ni su novia han venido a la peluquería.

-¿Se te ocurrió brindarle una rica chicha y averiguar algo más sobre él? –preguntó al chichero.

-¡Absolutamente nada! Es muy tímido –contestó éste.



-¿Lo ayudaste con su equipaje? ¿Viste qué traía? ¿Conversaste con él? – preguntó al portero.

-¡No! Es muy extraño –contestó.

-¡Imposible! –exclamó Diotima. ¡La única peluquera, el único chichero y el único portero del pueblo! ¿Y no saben nada sobre él? ¿Qué le voy a profetizar cuando me busque en el circo? –exclamó preocupada.

La peluquera, el chichero y el portero se encogieron de hombros.

Llegó el temido día, y el dueño del circo le comunicó a Diotima que la estaban esperando. A la joven se le enfriaron las manos. Por primera vez, no sabía ni un chisme sobre el consultante. Asustada, entró por la puerta trasera de su tienda, se escondió y no quiso salir de allí.

Esperó y esperó, pero el joven estaba frente a la bola de cristal, con un cuaderno y un lápiz bien afilado. Curiosa, Diotima se asomó a través de la cortina de cuentas para mirarlo mejor y vio al más buenmozo joven que hubiese visto jamás.

El joven revisó el mantel de la mesa de Diotima. Sonrió complacido por el aroma del incienso. Contó las velas rojas y doradas de la tienda. Miró con ojos profundos la pulida bola de cristal y... ¡Escribió, escribió y escribió!

El circo cerró, pero nadie se atrevió a sacar al joven.

Todos los artistas se apiñaron. La peluquera, el chichero y el portero del hotel también.

El joven siguió escribiendo y escribiendo. Diotima siguió mirándolo y mirándolo.



Repentinamente, el joven se levantó, salió de la tienda y exclamó:

-¡Amo este lugar! ¡Qué belleza! ¡Qué paz! ... ¡Al fin lo he logrado! ¡Amo al circo!

¡La equilibrista, la mujer de goma, y la barbuda brincaron de sorpresa y alegría!

Una sonrisa apareció en el rostro de Diotima. Emocionado, el joven regresó a la tienda, besó el mantel, la bola de cristal, las velas y cuando iba a hacer lo mismo con la cortina de cuentas, descubrió a Diotima, y le estampó un sonoro beso en la boca.

A Diotima todo le dio vueltas.

-¿Eres la adivina, más adivina de todas las adivinas del mundo? – preguntó él.

-Sí –contestó ella muy orgullosa.

Esa fue la última vez que Diotima pretendió ser adivina. El joven tuvo muchas más ideas para seguir escribiendo y su amada Diotima las escuchó feliz, mientras inventaba alegres decoraciones para el circo.

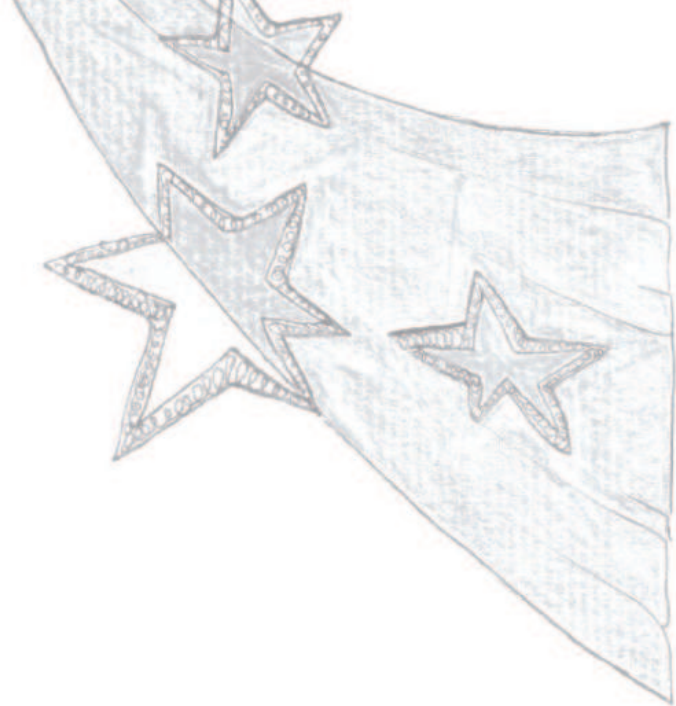




-¡Ahora el cuento de suspenso! -dijo Gabriel

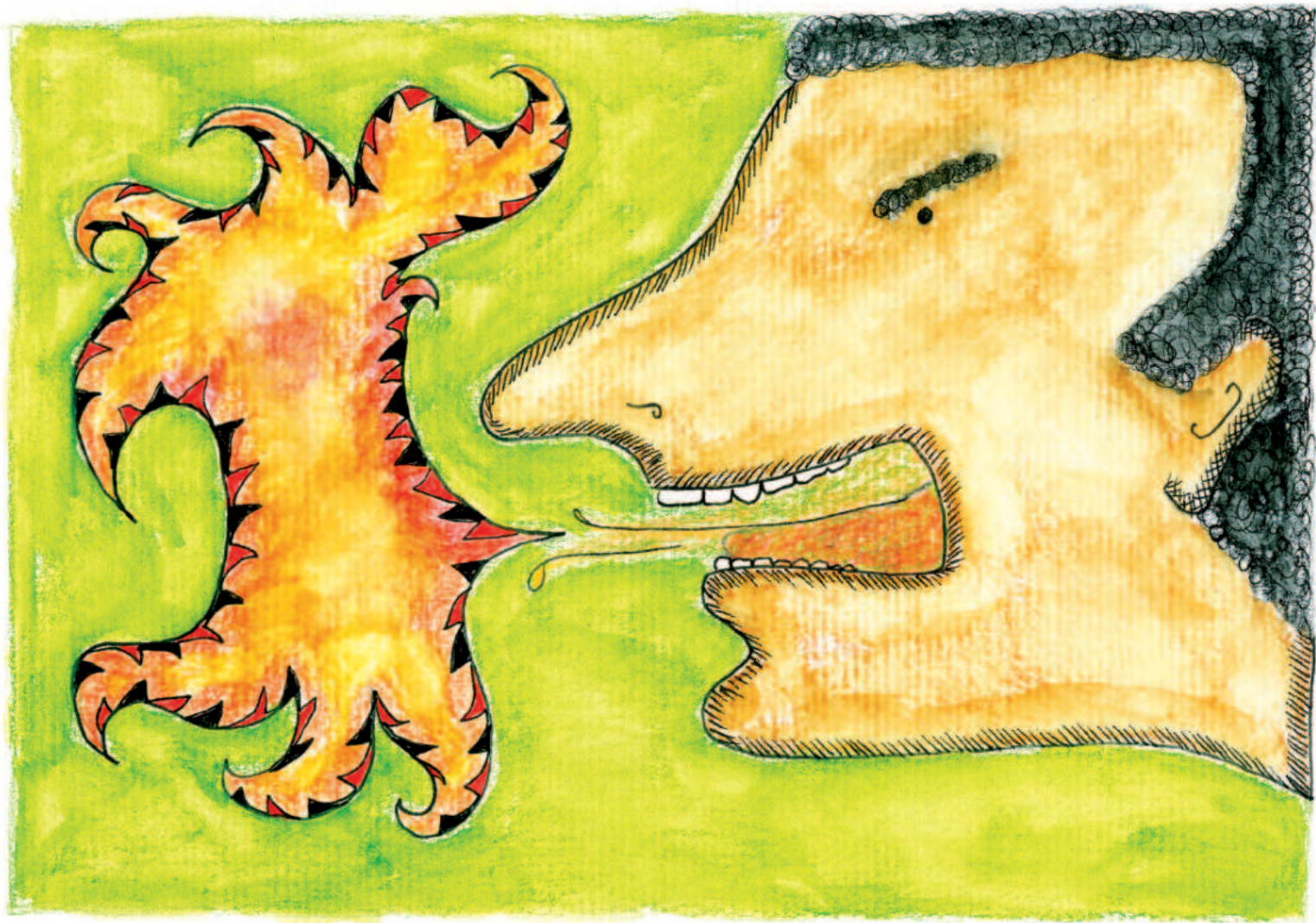
Y el abuelo mirando al cielo y con voz baja preguntó:

-¿Quién dijo que los dragones pertenecen a los cuentos de príncipes, princesas, castillos, hadas y hechiceros?



El escape fuego





Draco, el escupe fuego del circo estaba de mal humor. Había una buena razón para ello. Nadie creía que su tatara tatara tatara abuelo fuera un dragón de verdad verdad.

Sus compañeros bromeaban al respecto y esto enfurecía de tal manera a Draco, que comenzaba a decir palabrotas que amenazaban convertirse en llamaradas de fuego.

Cierto día, le dijeron mentiroso y Draco comenzó a sentir una gran fuerza dentro de él que le subió por su garganta. Cuando la mujer barbuda lo vio ponerse rojo como un tizón, lo sacó fuera del circo y



¡Zás! le echó un balde de agua fría.

Draco realmente escupía fuego y sólo la mujer barbuda, sabía el secreto.

A solas con él, ella preguntó:

-¿Tu tatara tatara tatara abuelo tenía buen humor?

-¿Su cola termina en dardo?

-¿Echa chispas por sus ojos y sus garras son poderosas?

-¡Por supuesto, tiene todo eso!...Además, ¡Vuela con enormes alas doradas que cubren todo el cielo! -dijo orgulloso.

-¡Pero nadie lo cree! ¡Eso me da tanta, pero tanta rabia que...!

Pero antes de que las palabrotas surgieran, ¡Zás! otro balde de agua fría le cayó encima.

Todo mojado, Draco pensó que sería muy difícil que lo aceptaran como un escupe fuego.

Mientras la mujer barbuda pensaba sobre semejante asunto, un zanquero, que practicaba a lo lejos, logró ver por encima de las copas de los árboles el fuego que Draco escupió.

Por supuesto se lo contó a los payasos, los payasos a los acróbatas, los acróbatas a las equilibristas, las equilibristas a la mujer de goma y ésta al dueño del circo.

Desde entonces, todos lo observaban con mucha atención y llenaban baldes de agua, con la excusa de bañarse por el exceso de calor.





Esa noche, sus compañeros decidieron estar juntos, pero no durmieron. Temían que Draco los hipnotizara con la chispa de sus ojos o sacara púas de su espalda o garras de sus uñas. Y que su cola de dardo arrasara con el circo completo y quedaran chamusqueados.

Draco tampoco pudo dormir.

“Si lo veían como un bicho extraño” “Si se quedaba sin amigos”.

Entonces, levantó a la mujer barbuda y con ella, decidió revelar su secreto. Con cierta valentía y agarrados de la mano en fila india, sus compañeros también decidieron enfrentar a Draco. De puntillas, se fueron acercando poco a poco, hasta que...¡Tropotón! Cayeron como barajitas al encontrarse con él.



El encuentro resultó en una larga, muy larga reunión que duró hasta el amanecer. La gente del circo concluyó que Draco no era peligroso y que sus historias eran fascinantes. Draco, por su parte, se sintió feliz de que le creyeran y de tener tantos amigos.

Desde entonces, al cerrar el circo, se reunían a escuchar las aventuras del tata tata tata tata abuelo. Al narrar, los ojos de Draco echaban chispas de emoción y todos trabajaban con más ánimo para volver a escuchar sus historias.

Una noche de luna llena, un torbellino de viento y lluvia cayó.

Corrieron a resguardarse en la carpa del circo y se agarraron de los tubos para no caerse. ¡Pronto, todo se oscureció! y subieron ialto, alto, altísimo! El tata tata tata tata abuelo con enormes alas doradas apareció y cubrió

el cielo. Se antojó de llevarlos con todo y carpa a lugares nunca vistos y enseñarles sus secretos.

Ahora, el circo aparece con truenos y relámpagos incluidos, varitas de mago danzarinas y torbellinos de aire que dejan al público dando vueltas como zarandas.

Así como aparece, desaparece y vuelve a aparecer en otro distante lugar con funciones misteriosas. Todos hablan de él, especialmente por sus integrantes,...esos, que aprendieron a echar chispas por sus ojos.

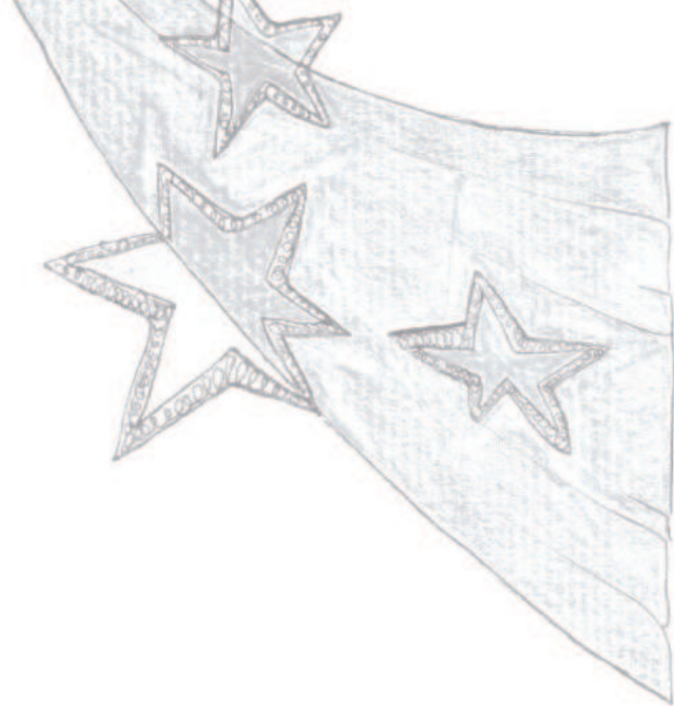


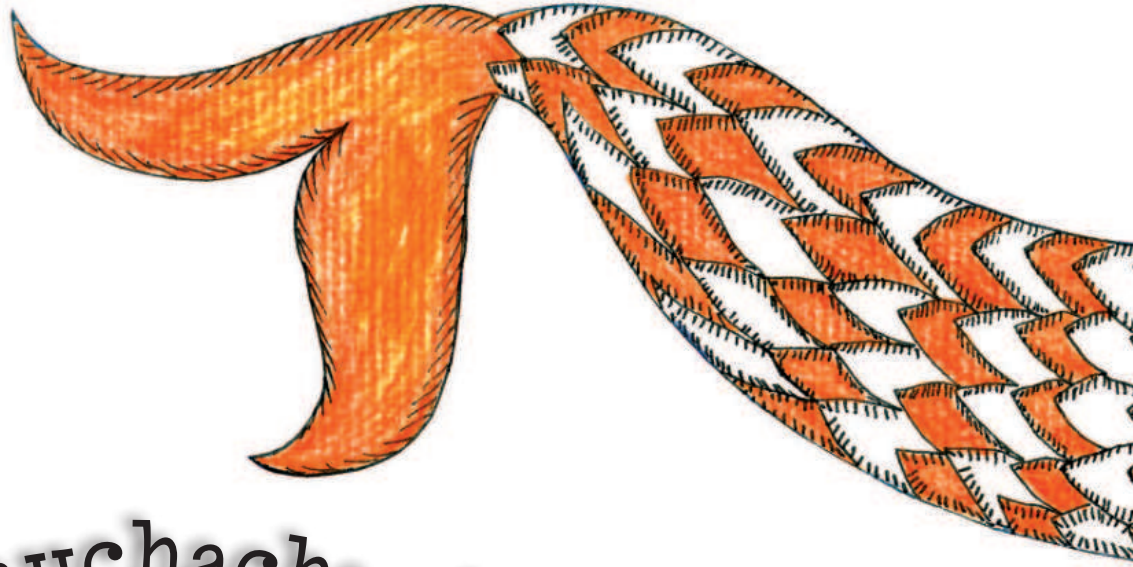


¡Ahora el cuento triste, abuelo!- dijeron Gabriel y Michelle quienes ya no se columpiaban, sino que estaban muy atentos metidos en sus hamacas.

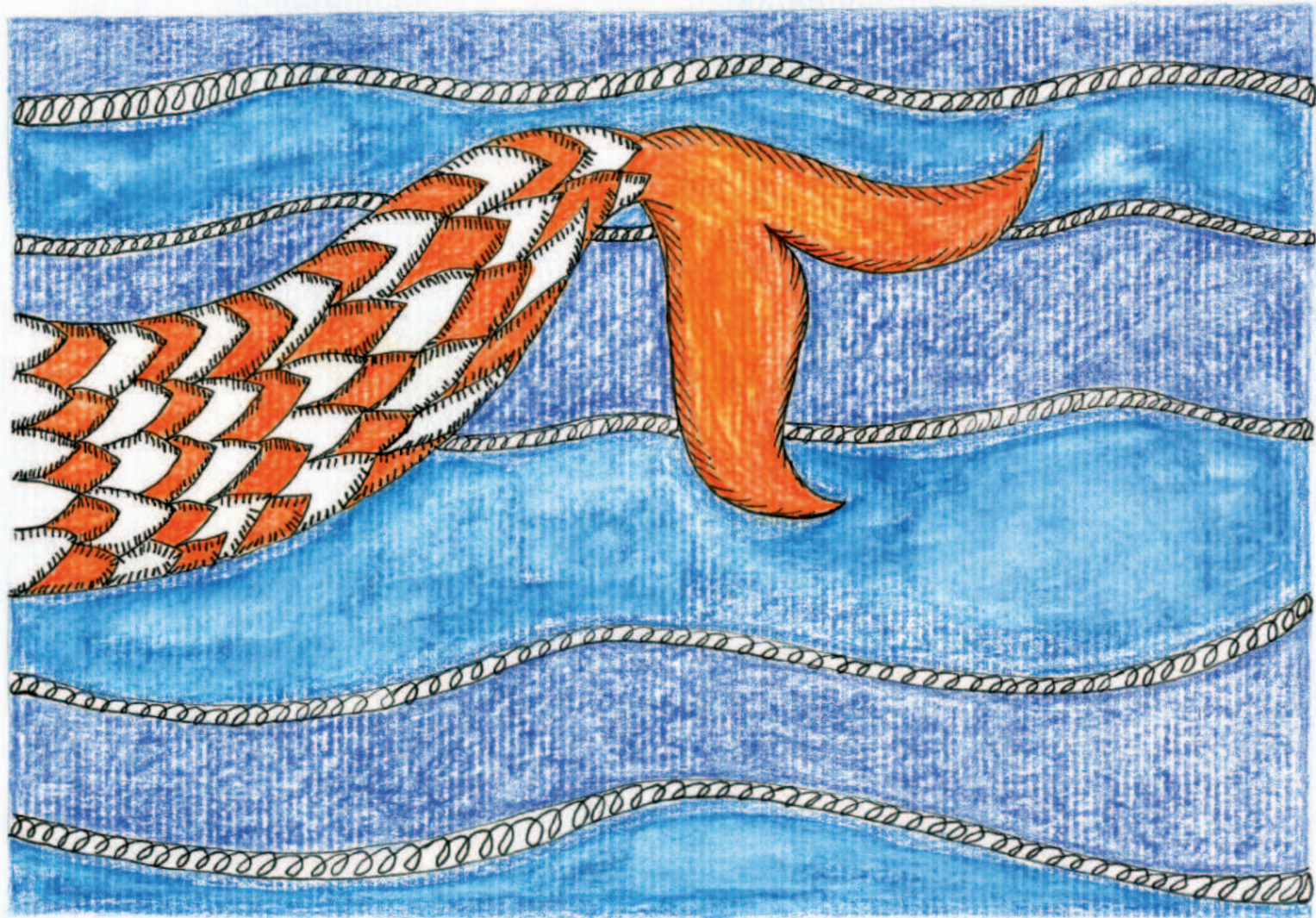
Y el abuelo rascándose la barbilla preguntó:

-¿Quién dijo que las sirenas tienen cola de pez?





La muchacha sirena



Muy cerca de la playa, el pueblo esperaba la llegada del circo.

El circo contaba con varias estrellas, pero Nery, la muchacha sirena era la más popular. A ella le encantaba sumergirse por largo tiempo en la bañera y sacar burbujas como racimos de su nariz. Cada vez le resultaba más fácil estar bajo el agua, cada vez lo hacía mejor y se sentía feliz.

Para la función de esa noche en la isla, escogió un traje de cola dorado, su peine, su espejo y una corona que el dueño del circo le compró en una juguetería. Era una experta en peinar su larga cabellera bajo el agua.



Esa tarde, antes de comenzar la función, decidió recorrer la isla. Después de mucho caminar, vio una enorme concha de caracol nacarada detrás de una piedra. La tomó como si fuese un tesoro y se la llevó colocándola junto con sus otros objetos de trabajo.

-¡Hoy, esta hermosa concha de caracol me acompañará en mi función! –dijo.

Descansó un rato y escuchó algo parecido a un respiro de ola que la despertó. El sonido la paralizó por unos instantes. No supo cuánto tiempo pasó, y sólo volvió en sí, cuando tocaron a su puerta:

-¡Toc, Toc, Toc!

-¡A las siete de la noche es la función! ¡No olvides las volteretas! -dijo el dueño del circo.



-¡No te preocupes, he practicado bastante! –contestó ella.

Nery sabía, que no era fácil convencer a los niños, así que tenía que parecer una auténtica sirena. Llegada la hora, el circo abrió sus puertas con fuegos artificiales y zanqueros con trajes de arco iris.

Una gran cortina púrpura se abrió de par en par y apareció ella, peinando su larga cabellera dentro de una enorme piscina.

Allí, la concha de caracol hizo su debut brillando de manera especial.

El público contempló a Nery admirando su elegante traje de cola, y los niños esperaron ansiosos que diera volteretas. Pero nada de esto sucedió. Otra vez, Nery quedó hipnotizada. Movi6 su cuerpo, muy rápido, alrededor de la concha del caracol mientras una voz en el agua le decía:

-¡Tu verdadero nombre! ¡Tu verdadero nombre!...¡Escúchalo!

El público, ajeno a lo que Nery oía, comenzó a aplaudir y ella, volviendo en sí, dio tres volteretas, sacó la cabeza fuera de la piscina y se miró en el espejo como a la gente le gustaba que hiciera. Un niño del público le preguntó a su mamá:

-¿Las sirenas se cepillan los dientes?

-¿Tienen familia?

Y Nery, dejó el espejo y miró al niño.

Terminada la función, estuvo triste, pensando en esa última pregunta.

-¿Qué te pasa? – preguntó el dueño del circo.

-¿Es verdad que nunca conocieron a mis padres? – preguntó ella.



-Nunca. Te encontramos en el puerto, pequeñita y enrollada como un caracol. Desde entonces, hemos cuidado de ti por catorce años.

-¡Eres como una hija para nosotros! –dijo él.

-Lo sé, -contestó Nery agradecida, dándole un fuerte abrazo. Prometió hacer su mejor acto para el día siguiente.

Contento, el dueño del circo salió con su saco salpicado de agua, sin saber por qué. Y a Nery le provocó beber un vaso de agua salada y finalmente se durmió.

Al otro día, sacó su traje de cola preferido de color azul brillante.

Tomó sus objetos pero la concha de caracol no apareció por ninguna parte. Apurada, se vistió sin notar que las costuras del traje, estaban a punto de descoserse y asimismo, entró a la piscina.



El circo estaba completamente lleno y todos aplaudían.

Dentro del agua, Nery dio una, dos, tres, cuatro, cinco, seis y a la séptima voltereta, escuchó nuevamente la voz que le decía:

-¡Tu verdadero nombre! ¡Tu verdadero nombre!... ¡Escúchalo!

Confundida, vio la concha de caracol que se engarzó a su traje terminándolo de rasgar. Sus piernas chapotearon salpicándolo todo y los niños comenzaron a gritar:

-¡No es una sirena! ¡Es mentira! ¡Mentira!

Nadó tan velozmente, que nadie supo cuándo recogió su espejo, su peine y la concha de caracol.

Sacó su cabeza fuera del agua y lanzó un chillido, tan pero tan lastimero, que el público se fue cabizbajo, invadido por una profunda tristeza.

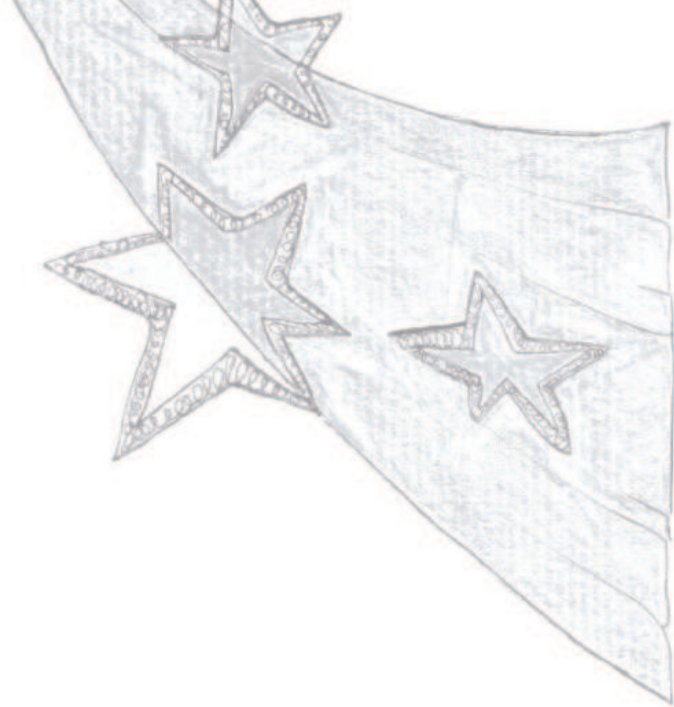
Los del circo la buscaron siguiendo los charcos de agua dejados en el piso, pero no apareció.

En la isla, un señor dijo que la vio salir del circo brillando como luz de bengala. Un segundo dijo, que entró en una concha de caracol y un tercero, vio sus piernas colorearse de nácar al tocar la espuma del mar, mientras el viento la llamó:

-¡Nereida! ¡Nereida!

Pero esto último, por supuesto, nadie lo creyó...





-¡Cuenta éste último otra vez! -dijo la abuela, mientras arropaba a Gabriel y a Michelle en sus hamacas.

Y el abuelo, amorosamente, repitió:

-¿Quién dijo que las sirenas tienen cola de pez?

Contenido



Diotima la adivina	9
El escupe fuego	21
La muchacha sirena	33



Esta edición de 5.000 ejemplares
fue impresa durante el mes de enero del año 2013,
en los Talleres Tipográficos Norte, C.A.
en Caracas, Venezuela



DISTRIBUCIÓN
GRATUITA
PROHIBIDA SU VENTA

María Emilia López Merchán

Desde chiquita, a María Emilia López le encantaba que le contaran cuentos de misterio, de aventuras y de romances.

También le gustaba imaginar historias... Por esa razón, cuando se hizo grande y fue docente, siguió con esa misma costumbre. Se decidió a contar cuentos para niños y animar a sus alumnos, para que inventaran y pintaran los suyos.

Le gusta escuchar historias -sobre todo si son inventadas- escribir poemas, cantar, ver jugar a los niños, mimar a sus gatos y mirar el cielo estrellado.



Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME